



Sobre semiologías y semióticas

Graciela Busaniche
Nicolás Rosa
Luis Prieto

El 30 de marzo de 1993 se realizó una Mesa Redonda, "Sobre semiologías y semióticas", organizada por la Maestría en Sociosemiótica del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Participaron Graciela Busaniche, Nicolás Rosa y Luis Prieto. La reunión académica se llevó a cabo, precisamente, en homenaje de este último. Luis Prieto, actualmente profesor en Ginebra, fue catedrático en la Universidad de Córdoba hasta el año 1966. Sus enseñanzas fueron sustanciales para el desarrollo de los estudios lingüísticos.

Se reproducen las ponencias presentadas en la Mesa Redonda. La de Luis Prieto fue reelaborada por él mismo a partir de un trabajo escrito originariamente en italiano. La traducción ha sido efectuada expresamente para esta publicación. María Teresa Dalmasso y Héctor Schmucler tuvieron a su cargo la apertura de la jornada. A fin de ofrecer una visión completa del evento, también se reproducen sus intervenciones.

Hablar de Luis Prieto

María Teresa Dalmaso

Hablar de Luis Prieto es hablar de la Argentina, o más precisamente del destino que durante largos años signó a gran parte de los intelectuales del país. Figura entretejida entre el dolor de la historia y el fulgor de la utopía, Prieto es la encarnación de nuestra implacable paradoja de "no ser" para "ser", de ese despojo de la identidad como precio de la existencia, de ese no poder ser sino a costa de no estar. El eterno mito del reconcomiento a cambio del desprendimiento, de la expulsión, del abandono parece adquirir para los argentinos una dimensión ineludible, su persistencia amenazadora a lo largo del tiempo nos colma de angustia pero también de coraje. Se incorpora a nuestra definición.

Todo esto es especialmente verdad para las generaciones que en los años sesenta y setenta encarnaban la utopía de ser y hacer el país. Aquí no vamos a juzgar su acierto, sólo evocaremos su gesta, su ilusión, sus sueños, y esto no porque queramos contribuir a un mito, ni porque por el contrario intentemos destruirlo, sino sencillamente porque ¿qué distancia podríamos tener nosotros, si nuestras vidas se construyeron en torno a él? No estamos en condiciones ni de justificar ni destruir su sentido, sólo queremos recuperarlo, porque entre los productos y productores más brillantes y fértiles de esa época de ebullición, y sobre todo de creación, se cuenta quien fuera nuestro profesor de Lingüística, el Profesor Luis Prieto.

Quienes como nosotros tuvieron el gozo de asistir a sus clases, difícilmente pudieron sustraerse a su influjo. Cuando a los veinte años —o aun antes— se descubre el placer del pensamiento, la pasión de la reflexión, la revelación de que podemos descubrir y crear, cuestionar y aceptar, se adquiere una emoción que marcará la vida. Los años, la historia, la decepción, el desengaño no pueden quebrar la emoción, cuando ésta —aunque sea por un instante— se ha adueñado de cada uno de los poros de nuestra piel, de cada una de las células de nuestro cerebro, de todo nuestro corazón. Porque el gozo intelectual es, provocadora paradoja, también o sobre todo un goce del cuerpo. Ninguno de los que hayan descubierto la lingüística y la semiología a través de la voz y la presencia de Luis Prieto podrá olvidar el deslumbramiento por la rigurosidad de Martinet o el arrobamiento ante el genio poético y visionario de

Roland Barthes; pero, por sobre todo, no podrá olvidar el ejercicio de reflexión y discusión al que nos convocaba el Profesor Prieto en ese juego de atención y participación por el cual descubrimos nuestros límites y nuestra otredad, la que por pequeña que fuera merecía invariablemente su reconocimiento, el reconocimiento del Maestro.

Profesor Prieto, no puedo dejar de llamarlo así; puesto que es como Profesor Prieto que su imagen se agiganta y cubre una porción enorme de la historia de nuestra Universidad cordobesa, Profesor Prieto es el nombre del respeto y del cariño. Es así como nos habla desde las tapas de los Cuadernos del CEFYL. Es así como nos habla desde el recuerdo y se instala en nuestro presente.

Y si es ineludible referirnos a la historia que se debe contar, que se puede contar, a esa historia que no es la de los afectos y emociones que se graban para siempre en la memoria, sino la que se debe recordar y renovar: la historia de los acontecimientos, diré muy brevemente que Luis Prieto, fiel a su constitución en paradigma, nació en Buenos Aires, realizó sus estudios primarios en lo que él mismo llama "los confines meridionales de la pampa argentina", en un pequeño pueblo llamado Punta Alta. Ya en Córdoba, cursó los estudios secundarios y, en nuestra Universidad, se graduó como Licenciado y como Doctor en Humanidades. Viajó luego a París, donde durante cuatro años estudió bajo la dirección de André Martinet y donde se desempeñó como investigador del Consejo Nacional de Investigación Científica de Francia. Dejó París y retornó a nuestra ciudad, donde por concurso accedió a la Cátedra de Lingüística General, hasta que en 1966 debió dejarla, por razones que ninguno de nosotros puede ni debe ignorar. Negado y expulsado, reanudó su camino al reconocimiento, transitando las aulas de Argelia, de Vincennes y de la Escuela de Altos Estudios en Francia, y asumiendo, por fin, en Ginebra la célebre y merecida Cátedra de Ferdinand de Saussure. Allí se consagra definitivamente su destino de exilio y de asilo, de negación y de reconocimiento, su constitución definitiva en paradigma; pero de un paradigma donde la consagración se impone por sobre la frustración, por lo menos para nosotros.

La Universidad Nacional de Córdoba, en particular la Facultad de Filosofía y Humanidades, en el año 1987, le ofreció una prueba de fidelidad y reconocimiento designándolo Profesor Honorario. Hoy, desde el Centro de Estudios Avanzados, desde la Maestría en Sociosemiótica, queremos recordarle que no fue sólo una formalidad.

Bienvenido Profesor Prieto.